

Sobre la biografía del filósofo

Ciriaco Morón Arroyo

El 18 de marzo de 1998 recién llegado a España desde Ithaca, Nueva York, leí en el *ABC* una tercera del profesor Ricardo Senabre titulada “Ortega en Liliput”. En ella juzgaba con dureza un libro sobre Ortega y Gasset: *El maestro en el erial*, pero sin mencionar a su autor. Según Senabre el autor no conocía bien la obra del filósofo; partía de la premisa de que “los únicos intelectuales valiosos son los de izquierdas”; describía de manera simplista la cultura española de los años 40, y se le habían deslizado bastantes errores, como llamar al libro de José Hierro *Quinta del 42* “Generación del 42”. Como yo sobre Ortega “soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles”, busqué *El maestro en el erial*, naturalmente sin saber quién lo había escrito. Algún tiempo después, con el libro ya leído, vi otra tercera de *ABC*, esta vez de Julián Marías, titulada “Los monederos falsos”. En ella el ofendido maestro fustigaba la falsificación de la historia que se cometía en esa obra, y ya excesivamente veloz y espontáneo en el tobogán del descontento, se acercaba peligrosamente a propugnar una censura —supongo que liberal, generosa, inteligente y acertada, algo así como la censura de los teatros de Moratín— que prohibiera excesos como el libro en cuestión. Por de pronto, él se encargaba de obliterar no solo el nombre del autor, sino también el título. Ante las muchas afirmaciones infundadas de Morán y la reacción de los críticos, yo, que no creo en “almas nacionales”, me dije: “Falta de rigor, y silencio conspiratorio: vida intelectual española”. Ahora, la amable invitación del profesor Valdés, director de *Teorema*, me da ocasión de comprometerme en un diálogo en el que no intento “refutar” afirmaciones concretas de la obra, sino reflexionar sobre el método de investigación que nos imponen los dos sujetos de los que se habla: el filósofo Ortega, y “el erial”: la cultura española entre 1940 y 1955.

Gregorio Morán se propone reconstruir la vida de Ortega entre 1945, cuando entró por primera vez en España después de la guerra civil, y su muerte el 18 de octubre de 1955. Proyecto precioso: el filósofo español más importante del siglo, en la sórdida circunstancia del hambre, el bloqueo internacional, la exclusión de España de los foros internacionales, la censura de toda la producción cultural, y al mismo tiempo los esfuerzos de adaptación y el lento progreso que aquella generación realizó en todos los campos. Ahora bien, Ortega fue filósofo, quiso serlo siempre, y en aquellos años en los que se le disputaba el título se esforzó por demostrarlo de manera rigurosa con un libro, *La idea de*

principio en Leibniz, que demuestra por la uña —desgraciadamente el libro no se terminó— la energía de león que había condensado como filósofo.

El señor Morán no se propuso estudiar la filosofía de Ortega, sino reconstruir su vida; proyecto legítimo y respetable. No seré yo quien le pida cuentas por lo que no se propuso hacer. Ahora bien, yo no creo que la vida de un filósofo se pueda y deba escribir sin atender al proyecto básico de esa vida, su filosofía. Está bien enterarnos de que Ortega cobró el sueldo del estado franquista como si estuviera enseñando en la universidad, que sufría depresiones o que organizó una fiesta de carnaval en Munich en la que sus hijos y amigos iban vestidos de toreros y manolas. Pero en nada de esto aparece el hombre que durante muchas horas al día siguió tratando de ponerse y ponerlos a los demás en claro sobre algunos temas fundamentales de nuestra vida.

Las actitudes personales de Ortega en sus últimos quince años: reclamación de originalidad como filósofo y deseo de ser oído por la nueva juventud, solo se entienden desde su posición en la cultura española antes de la guerra del 36. Los escarceos y saltos de la última década del filósofo hay que explicarlos desde la etapa anterior. ¿Por qué desde 1932, cuando promete retirarse del periodismo a escribir libros [*Obras Completas*, tomo VI, p. 354], no pudo nunca terminar un libro? Desde 1936 las circunstancias exteriores son bien conocidas: la guerra civil, situaciones de tránsito en Buenos Aires y Portugal, y en los últimos diez años, depresiones y viajes de conferencias. Pero esas circunstancias exteriores no explican prácticamente nada. Después de todo, entre agosto de 1932 y julio de 1936 mediaron cuatro años, para algunos los más florecientes de la Facultad de Filosofía de Madrid. En Buenos Aires estuvo tres años, desde 1942 a 1945 vivió en Lisboa y a partir de entonces entre Lisboa y Madrid; y si estaba cobrando el sueldo de catedrático español, no había razones económicas para dispersarse en proyectos circunstanciales.

Lo curioso de Ortega es que, siendo un gran escritor, no escribió nunca un libro. *Meditaciones del Quijote* (1914) solo contiene un prólogo, una meditación preliminar y la primera de las que habían de integrar el libro. Y los otros son fragmentos de cursos o series de artículos de prensa coleccionadas después bajo un título. Desde luego hay series, como los artículos de *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*, con un orden muy sistemático que parecen libros desgajados en artículos más que artículos compilados en libros.

Ortega iba trabajando sobre un proyecto cuyo esquema se manifiesta en *El tema de nuestro tiempo* (1923) y cuya primera expresión es el “curso extrauniversitario” de 1929, *Qué es filosofía*. Su punto de partida era una visión de la historia de la filosofía dividida en dos edades: del realismo, y época moderna o del idealismo. Frente a esas “dos grandes metáforas”, él postula una tercera edad de la que se considera pionero: la superación del idealismo por reintegración de la cultura en la vida: la razón pura tendría que ser susti-

tuida por la “razón vital”. Pero de hecho, nunca llegó a definir —deshilando sus respectivas ambigüedades— ninguno de los tres conceptos básicos: razón, vida y razón vital. Así, mientras la extraordinaria actividad en *El Sol* desde 1917 y en la *Revista de Occidente* desde 1923 le impedían sentarse a sistematizar su intuición, apareció *Ser y tiempo* de Heidegger (1927), que significó la catástrofe definitiva para el proyecto de Ortega. Con el concepto de existencia Heidegger limpió de connotaciones biologistas y raciales la idea de vida que venían utilizando Simmel, Rickert y Ortega (ver el capítulo VI de la segunda parte de *España invertebrada*). La existencia es drama personal, inserción en la historia y misión de cada uno en la historia, en una palabra, biografía, no biología. Ante esa idea y las nuevas concepciones heideggerianas del mundo y la circunstancia, la idea orteguiana de vida era remoto pasado. El filósofo español sigue utilizando alguna vez el término “razón vital”, pero lo sustituye por “razón viviente” y finalmente, por razón histórica. En 1931 dice que leer a Dilthey le ha supuesto una revelación; pero incluso esa lectura le fue sugerida por el libro de Heidegger.

La primera contribución filosófica de Ortega al retirarse de la actividad política en agosto de 1932, no fue, como dice Morán, el curso *En torno a Galileo* (primavera de 1933), sino el de otoño de 1932, titulado *Principios de metafísica según la razón vital*. Se trata de unas lecciones (más bien esquemas) totalmente dependientes de Heidegger. En las últimas reaparece la tercera edad, pero ya en sentido heideggeriano.

Estos antecedentes son inevitables para explicar el Ortega de 1945. Morán le presente como “conservador” y a veces reaccionario. Pero estos términos son claros en cuanto insultos y vacuos para una discusión intelectual seria. El Ortega de 1908 a 1921 es liberal y entre 1909 y 1915 postula un socialismo que sería la derivación lógica del liberalismo, y que solo tendría algunos aspectos tangentes con el “partido obrero”. Este partido le inspira simpatía, pero su única mezcla con él es alguna conferencia en la Casa del Pueblo, siempre desde la distancia. En ningún momento se declaró inclinado a la “izquierda” en el sentido marxista. Ahora bien, es justo afirmar que si fue contrario al marxismo, lo fue igualmente y sin vacilaciones, con respecto al fascismo. Es más, predijo que, dado el carácter de los españoles y la forma española de vivir, el fascismo no podría echar nunca raíces entre nosotros. El ensayo titulado “El ocaso de las revoluciones”, publicado en *El tema de nuestro tiempo* (1923) no representa, por tanto, una evolución de Ortega hacia posturas conservadoras, sino un corolario de su visión histórica de la filosofía. La edad del idealismo fue revolucionaria porque los idealistas imaginaron formas utópicas de estado no contrastadas con los deseos de los pueblos. La edad de la razón vital trataría de organizar el estado según las energías y deseos espontáneos de cada sociedad. Esto es un poco vago, pero así se expresa Ortega entre 1921 y 1927. Su sociología en aquellos años tiene cuatro capítulos principales: minorías y masas, generaciones, edades de las distintas épo-

cas, y sexo de las mismas (épocas masculinas y femeninas en la historia). Desde luego, el título “Ocaso de las revoluciones” refleja la dependencia de *Der Untergang des Abendlandes*, de Spengler, cuyo primer volumen se publicó en 1918. Aunque el título de la traducción fue *La decadencia de Occidente*, Unamuno por ejemplo, cita el libro como *El ocaso de Occidente*.

La fórmula de que la razón debía fundarse en la vida, con la turbia mezcla de raza y espíritu implicada en el término, la refinó también Ortega después de Heidegger. Ahora la vida es quehacer, misión, y la libertad es “elegancia” o arte de elegir lo que se debe elegir. Esta visión de la persona y de la realidad colectiva obliga a contar con el pasado (por eso es enemiga de la revolución), pero no es conservadora, porque se define como proyecto de futuro. Ortega se sitúa en un plano de diálogo razonable donde pierden su sentido las ideologías revolucionarias o conservadoras. Por eso en *La rebelión de las masas* (1930) condena con igual vehemencia a bolchevismo y fascismo y afirma que no pueden ser formas de estado por mucho que duren, pues son erupciones ilegítimas, inestables por su origen y carácter. En ese momento ya ha concebido el pensador *El hombre y la gente* (gente: refinamiento neutralizador del antipático término masa) donde está la tesis que Gregorio Morán trata con sarcasmo: “la opinión pública es el origen del estado”. El estado “como piel” o conjunto de instituciones que ahorman y se acomodan al deseo de una sociedad, funda su carácter estable en la aceptación de esa sociedad. Esa aceptación es para Ortega la “opinión pública”, un concepto que él propone al margen de si en los años 40 la opinión pública se podía expresar en España. De hecho, la caída del nazismo alemán y del fascismo italiano (que no debiéramos confundir si queremos hacer historia honrada), del estado franquista en 1975 y de la Unión Soviética en 1991, le dan la razón a Ortega. Todas eran formas inestables de estado, destinadas a la desintegración.

Esta actitud explica las críticas del pensador a lo que él vio como “radicalismo” de la república. En estas críticas no pretende dar opiniones subjetivas, sino llamar la atención a las enseñanzas de la historia. En España, dice, se tolera casi todo, menos el radicalismo [*Obras completas*, tomo XI, p. 515]. Y su aldabonazo va contra el radicalismo comunista, contra el jacobinismo anticlerical, y contra la desintegración de la sociedad en nombre de la “democracia”. De hecho, el levantamiento de 1936 le dio la razón a Ortega, y aquí puedo añadir a Unamuno. A su parecer, las viejas heridas de las dos Españas no se curaban con la revancha de la nueva contra la vieja, sino con una mirada integradora hacia el futuro, pensando “en grande”. Para los que solo conocemos por lecturas la vida entre la entrada del Frente Popular en febrero de 1936 y el estallido de la rebelión el 18 de julio, la aprobación del alzamiento por parte de Ortega y Unamuno es un testimonio muy convincente sobre lo insostenible de la situación en aquellos meses. Ellos no estaban comprometidos en grupos monárquicos ni religiosos; eran liberales y habían aportado to-

da su capacidad al nuevo estado. Su decepción merece el mayor respeto y serio estudio, ya que no puede atribuirse a veleidad. En cambio es veleidoso que nosotros, en la comodidad de 1999, cuando lo peligroso sería no ser demócratas, alardeemos contra quienes expusieron su vida por ser liberales y demócratas en el sentido actual de la palabra.

Pero el 4 de mayo de 1946, tras diez años de ausencia de una tribuna docente en España, Ortega pronuncia en el Ateneo de Madrid la conferencia “Idea del teatro”, decepcionante para el público y para Gregorio Morán prueba de sumisión al franquismo por parte del filósofo. Sin embargo, en ella Ortega hace un “emparejamiento semidiscreto” entre su persona y el Cid, el héroe con el que se identificaba a Franco, y dice que el único criterio de semejanza entre “la belicosa persona” de Rodrigo de Vivar y la suya “tan pacífica — noten que esto significa hacedora de paz” es la vejez. Estas palabras exponen el papel que deseaba jugar en aquella España lacerada: contribuir a la paz. Habla luego “del imperativo de continuidad, de continuación que a todos debía aunarnos”. Y explica que el proyecto de continuidad consiste en no quedarse en el pasado ni presente, sino en movilizarse hacia adelante, pero “renunciando al brinco y al salto y a partir de la nada”. ¿Era esto adhesión al franquismo o advertencia contra los sueños de “instaurar” un nuevo estado basado en un “rey natural” como decían los teóricos del caudillaje? Pero lo importante es que, prescindiendo de la intención del autor en ese momento, repetía la misma fórmula que había utilizado en la república, y que es perfectamente válida hoy en la democracia, y sobre todo —estamos estudiando a un filósofo— es conclusión lógica de su doctrina de la razón histórica en oposición al idealismo. Luego vienen las frases que parecen escandalosas cuando se recuerda que fueron pronunciadas en 1946, el “año del hambre”: “Por una vez España tiene suerte [...] Mientras los demás pueblos [...] se hallan enfermos [...] el nuestro da la casualidad que ha salido de esta etapa turbia y turbulenta época con una sorprendente, casi indecente salud” [*Obras completas*, tomo VII, p. 444].

¿Era Ortega inconsciente de las lacras del país? No; era por lo menos tan perspicaz como nosotros. Pero en aquella España había una voluntad juvenil de reconstrucción. Por supuesto, los vencedores tenían las riendas de todo. Pero los vencedores eran un “magma” (término de Morán para el nacionalcatolicismo) y, por consiguiente, estaban lejos de ser un grupo homogéneo y “totalitario”. La prueba es que Tierno Galván fue funcionario del Estado desde 1944, y catedrático de Derecho en Murcia desde 1948. Como se ve, la España nacionalcatólica no solo tenía facciones opuestas, sino intersticios por los que se colaban los izquierdistas y agnósticos. Lo que Ortega apreció en 1946 era el trabajo constructivo que se reflejaba en la restauración de las ciudades y en las consignas de progreso y elevación de las clases trabajadoras, dentro de la penuria general. En aquel momento se sintió obligado a colaborar con el resto del pueblo; de ahí que proponga su receta para que Es-

paña continúe en buen estado de salud: “Es menester que todos, noten ustedes la generalidad del vocablo, noten el vocablo generalísimo, *todos* (cursiva del texto), tengamos la alegría y la voluntad y la justicia, tanto legal como social, de crear una nueva figura de España apta para internarse saludable en las contingencias del más azaroso porvenir” [*Obras completas*, tomo VII, p. 444] Llama a todos en general, incluso al “generalísimo” en cuyas manos estaba la justicia legal, para crear un estado estable, de derecho. Lógicamente la justicia legal, según su doctrina de la razón histórica y de la idea de estado que se perfilaba en *El hombre y la gente*, debía fundarse en la “justicia social”, o sea, en la “opinión pública” de la sociedad española.

Desde el compromiso con la reconstrucción de España en la que Ortega desea colaborar, se ven con luz positiva algunos hechos que Morán presenta como despreciables. En 1945 el filósofo sondea la posibilidad de escribirle los discursos a Franco. Esa oferta podría estar motivada por la ingenuidad o el interés —no hagamos psicología macarrónica—; pero ¿imaginamos lo que hubiera sido de España si Ortega hubiera podido escribir los discursos de Franco? Porque discursos hubieran sido ideas, y, como reconoce Morán, dentro de una actitud conservadora —que hoy por lo demás manifiestan todos los partidos socialistas, ex-seguidores de Marx y Lenin— hubiera sido una voz reconciliadora. En 1946 el pensador convoca a todos para un programa de reconciliación. Y ese “todos” implicaba también a los exiliados, que en aquellos años, luchando en las organizaciones internacionales para aislar y derrocar a Franco, contribuían al dolor del pueblo español. Porque Franco y sus allegados no pasaban hambre con el aislamiento —recordemos las cenas que describe Díaz Cañabate en *Historia de una taberna*—, pero el pueblo sí moría de hambre, frío, tosferina y tífus.

1948: Ortega funda el Instituto de Humanidades. Proyecto utópico, fracasado. Pero, visto desde la comodidad y abundancia de 1999, el que un hombre de sesenta y cinco años arrostrase el ridículo lanzándose a un proyecto de esa envergadura en un ambiente hostil donde la Iglesia tenía sus “humanidades”, los profesionales de las distintas cátedras vivían en la inseguridad del aislamiento (muchos en elemental incompetencia), y la prensa se reía del liberal trasnochado, es un ejemplo admirable de entusiasmo y de generosidad. De nuevo, no quiero hacer el bueno ni salvar intenciones que desconozco, pero parece como si Ortega se hubiera esforzado por merecer ese sueldo que cobraba sin trabajar oficialmente.

Los ejemplos dados reflejan el método que considero ideal para escribir la biografía de un filósofo. Los datos sobre sus andanzas externas, sobre si era vanidoso, cauto, cobarde o temerario, están bien; cuanto más sepamos mejor, pero en el caso de Ortega no se debieran desgajar de sus titubeos filosóficos. Gregorio Morán menciona y reconstruye las circunstancias de los principales escritos orteguianos del período, pero no analiza ninguno; los juzga de manera negativa sin entrar en los textos, ponerlos en contexto y va-

lorarlos después de un estudio detenido. El libro se titula *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. En principio se espera un contraste entre el hombre que merece tan elevado título y la indigna circunstancia que le rodea. Sin embargo, al terminar de leer el libro nos preguntamos qué podía enseñar tal maestro. El Ortega de Morán es un viejo vanidoso, “reaccionario”, vendido al franquismo por el plato de lentejas, vejete con sueños de donjuan, y en ocasiones poco veraz. “Ortega utilizó siempre a sus hijos en función de sus necesidades” [*El maestro en el erial*, p. 331]. ¿Que sentido tendrá esa frase y en qué testimonios se fundará? Pues bien, ante esta figura de maestro se derrite cuando le contrasta con los jesuitas que le atacaron y el “nacionalcatolicismo”. En aquel erial, que más bien es un zarzal, Morán presenta dos fuerzas en lucha: falangistas y Opus Dei. Los primeros, cuya figura central es Laín, representan una cierta abertura, pero más aparente que real, pues sus aportaciones entre 1939 y 1945 se inscriben en el sustrato falangista/fascista, y a partir de 1945 son un ingrediente más del nacionalcatolicismo. El grupo de Laín se adhiere al magisterio de Zubiri como una especie de finta contra Ortega. Y Julián Marías, el discípulo fiel y constante de Ortega, aparece como despreciado por el maestro.

Ahora bien, comenzando por Marías, con quien no me liga ninguna amistad ni me separa enemistad; ¿es justo presentarle en 1998 a una luz poco menos que ridícula? Morán cita fragmentos de cartas en los que Ortega reprende a Marías por alguna gestión o comenta con sorna el fervor del discípulo en las conversaciones católicas de Gredos. Pero esos fragmentos son verdad parcial, moneda acuñada solo por una cara, y por tanto, falsa. De nuevo, cuestión de método: cuando en 1999 miramos a los hechos de 1945, tenemos ya una perspectiva sobre las anécdotas que fueron solo anécdotas y sobre las que tuvieron virtualidad creadora. La trayectoria de Julián Marías en la educación de los españoles para la veracidad, el pensamiento riguroso y la convivencia obligan a una lectura distinta de esos mismos textos que se citan.

Morán presenta los libros de Laín sobre Menéndez Pelayo y la generación del 98 como intentos de construirle un linaje honroso a la cultura falangista. Pero, si pensamos que el sector más cerrado de la época hacía a los hombres del 98 nada menos que culpables de la guerra civil, el libro de Laín Entralgo presentándolos como sinceros patriotas, es una hazaña heroica. Y frente al menendezpelayismo del General Vigón y de Ibáñez Martín, descubrir que el joven Menéndez Pelayo, “católico a machamartillo” tenía opiniones racistas a lo Gobineau era un audaz desafío. Lo mismo puede decirse del prólogo de Riedruejo a la “5ª edición” de *Poesías completas* de Machado en 1941. Morán resta importancia a ese gesto, pero sabemos que el prólogo fue llevado nada menos que al consejo de ministros, y Serrano Suñer —él lo cuenta— se opuso a que fuera secuestrada la edición.

La adhesión de Laín y su grupo a Zubiri tiene también una explicación lógica al margen de todo personalismo. Zubiri ofrecía lo que todos anhelaban para sí y para España: una filosofía sistemática: antropología, metafísica, epistemología. En aquella España de predominio casi absoluto de la escolástica, Zubiri era el filósofo creador en diálogo con lo más moderno. Y no solo era filósofo moderno, sino que fundía ejemplarmente las humanidades con la ciencia. Se decía que había estudiado matemáticas con Einstein, física con Schrödinger y filosofía con Heidegger. Con todo respeto para Ortega, la elección era obvia. El problema, después de todo, sigue con nosotros. Yo soy un apóstol de Ortega y llevo en la memoria frases orteguianas apropiadas para las más variadas situaciones. Pero ¿qué podemos hacer aun sus más fervorosos seguidores en filosofía precisa, de cátedra, con los escritos de Ortega? Desgraciadamente, solo exponer esos escritos y su evolución, pero muy poco para un curso en alguna disciplina filosófica. Incluso el tema que le ocupó toda su carrera: las relaciones entre la vida y la razón, no recibe en su obra un tratamiento sistemático y original. En filosofía, Ortega refleja los movimientos alemanes, tuvo un sexto sentido para percibir lo nuevo valioso, expone con una claridad magistral que honra su capacidad de entender; pero es fragmentario, exagerado, impreciso. En realidad solo se le entiende cuando se conoce el trasfondo alemán, y el francés en el período de *La rebelión de las masas*. Así llegué yo en mi libro *El sistema de Ortega y Gasset* (1968) a unas fuentes que nunca me propuse buscar. Me llevó a ellas el carácter enigmático de los escritos del pensador. Ortega es siempre estimulante precisamente porque no trata de ser exhaustivo; y es siempre actual, porque planteó preguntas sustanciales que se repiten lo mismo en tiempo del neokantismo que de la deconstrucción. En esto radica su magisterio, pero es inútil buscar en él una filosofía nueva. Y el error fue, como demostró Marías en el precioso artículo “La vegetación del páramo”, un campo que también tuvo su primavera, todavía más admirable cuando se recuerda en qué temperie nacieron y crecieron las flores. La larga marcha que culminó en la transición de 1975 no comenzó en 1956, como sostiene Morán, sino en 1940 con la revista *Escorial* de Ridruejo y de Laín. Su catolicismo les obligaba a frenar el ideal totalitario de la educación de acuerdo con la doctrina de la Iglesia. Pero la Iglesia no admitió ni siquiera esa respetuosa deferencia, sino que reclamó sus propios derechos de enseñanza frente al Estado. En esto la Iglesia fue en los años cuarenta y ha sido siempre un bastión contra posturas totalitarias. Las seudoiglesias de cualquier nombre suelen ser totalitarias, pero el verdadero catolicismo manda amar incluso a los enemigos (Mateo, 5.44).

Department of Romance Studies
Cornell University, 285 GS
Ithaca, N. Y. 14853-3201
E-mail: cma6@cornell.edu

